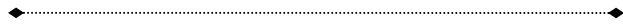
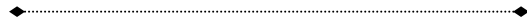


Juan Esteban Peláez



ABOMINACIÓN



Contenido:

AL LECTOR.....	3
EL INICIO DEL TRASTORNO.....	4
EL HORROR DE LOS NIVELES INFERIORES.....	13
EL INEVITABLE DESPERTAR	25

AL LECTOR

Fiel al género del terror, en esta historia busco narrar el terrible desvarío de Marco, un hombre que es absorbido de manera terrible por negras pesadillas. En sus sueños interdimensionales siempre aparece en los diferentes niveles de un abismo llamado La Garganta, en un mundo cruel y terriblemente antiguo. Y, a medida que cambia de niveles, sus penurias se incrementan. Esta aleatoriedad hace que el juego se vuelva cada vez más peligroso, pues en el fondo del abismo, en las entrañas de la tierra, habita una terrible abominación.

EL INICIO DEL TRASTORNO

RELATO DE MARCO:

Los síntomas van empeorando con el complejo pasar de los días. Las pesadillas horribles y los mundos oníricos causan en mí un terror que inunda mi frágil mente y reverbera en mi cansada alma. El débil cuerpo me exige descanso, pero esos abismos místicos de la mente que se abren en cada pesadilla hacen que ahora odie dormir. He llegado a la dolorosa decisión de intentar estar despierto el mayor tiempo posible, pero cuando el agotamiento cierra mis párpados llegan a mí, en tropel, esas imágenes oscuras y tenebrosas que laceran mi tranquilidad y me llevan a ese socavón de miedo y desesperación.

Cada vez son más frecuentes los sueños en donde despierto en un mundo milenario y extraño, ubicado entre las insondables distancias de la vía láctea, donde el cielo es negro, pero hay luz de día, y todo bajo la cúpula nocturna es visible. Donde los días y las noches no existen, pero el firmamento se ve plagado de estrellas que pintan un hermoso camino luminoso en medio de la bóveda negra. A veces soy llevado a lo alto de un peligroso acantilado, y a veces veo imágenes difusas en la mitad del profundo abismo. De alguna manera que simplemente desconozco, cada noche soy raptado por algún ente desconocido a ese reino árido y dominado por montañas colosales y enormes profundidades. Las penurias allí dependen del nivel del abismo. Tengo entendido que los niveles medios son los menos caóticos, y allí la desesperación no encuentra buen asidero. Los niveles altos son peligrosos, pero los niveles profundos del abismo son en verdad los más terroríficos. Por eso, cada vez que sueño y soy abducido a ese reino maligno ruego por no estar en esos pisos profundos.

Pero considero que primero debo poner contexto a esta asombrosa y a la vez desesperante historia. Las pesadillas empezaron meses atrás, aunque ahora son cada vez más seguidas. Las primeras veces eran sólo imágenes difusas: Un cielo negro lleno de estrellas y un paisaje estepario, lleno de montañas poderosas. En mi interior sabía que estaba en un mundo lejano y terriblemente antiguo. Pero a medida que las pesadillas se tornaban más frecuentes, los sentidos se iban tornando más agudos; empecé a sentir frío en medio de mi viaje cósmico, y después hambre y sed, y después empecé a sentir olores (algo imposible en los sueños), y finalmente empecé a sentir lo peor: Dolor.

Hace unos pocos meses tuve mi primera pesadilla lúcida, una pesadilla que empezó a fundirse frenéticamente con la realidad. Era un sueño tan vívido que, a diferencia de las primeras visiones, lo recuerdo con un detalle aterrador. Incluso sólo recordar tal evento causa temblor en mis manos y sudor en mi frente. Abrí los ojos y vi con angustia que estaba de nuevo en ese siniestro terreno. Fue la primera vez que sentí un leve dolor en mi espalda a causa de estar acostado quién sabe cuánto tiempo sobre en el suelo polvoriento. Abrí los ojos y me senté con pereza. Casi de inmediato un frío álgido me hizo tiritar, al tiempo que una nube de

polvo se levantó y me obligó a cerrar los ojos y la boca. Volví a abrir los ojos después de la ventisca y miré mi entorno: Estaba en la mitad del abismo de ángulos extraños. A mi izquierda, a varios metros, una pared de piedra gris y fría se levantaba imponente y amenazante. Desde allí no alcanzaba a ver la cima, pero era obvio que estaba a muchos metros sobre el suelo, pues me era posible ver varias cimas de cientos de montañas grises y encenizadas. El color de todo el paisaje era semejante a los maderos chamuscados después de una fogata. A mi derecha, en cambio, había un soberbio precipicio de una profundidad inconmensurable, formado por otra enorme y afilada montaña frente a mí. El fondo del acantilado no era visible, y, en vez, sólo se veía una negrura imposible de traspasar, como unas fauces horrendas y apostasas esperando engullir cualquier cosa. Y no se demoró mucho en alimentarse, pues casi de inmediato escuché con horror terribles gritos de desesperación y angustia, y vi paralizado cómo desde varias salientes algunas personas se lanzaban al vacío desde las cimas más altas.

—Deben ser personas que ya estuvieron en los pisos superiores, y que no desean estar de nuevo presas a ese suplicio —escuché una voz cerca; pero la voz era extraña, casi robótica. No era un tono de voz de hombre o mujer, por lo que me es difícil describirla. Así que voltéé y vi a una persona recostada contra las afiladas piedras. Era una persona albina, de cabellos de plata largos y ojos azules; pero estaba claramente gobernada por la desnutrición. Tenía un rostro cadavérico y su cuerpo era muy delgado. Incluso no puedo asegurar si era humano, pues era enorme (quizás medía dos metros y medio).

—¿Quién eres? —pregunté.

—No lo recuerdo mi verdadero nombre, pero puedes llamarme Arahh —respondió el gigante delgado—. Sólo sé que siempre que vengo a este lugar aparezco en este nivel. No sé si será algún error en la invocación, o si mis secuestradores desconocen mi suerte; pero eso me ha dado una impresión más o menos concisa de este mundo. A veces vienen foráneos, como tú, pero a veces vienen nativos, y por ellos conozco el funcionamiento de estos sacrificios.

—¿Sacrificios? —pregunté con temor.

Y el gigante afirmó con la cabeza. Se levantó y vi su enorme figura por completo. Se acercó a mí y se sentó a mi lado. Por alguna razón me sentía seguro al lado del gigante, aunque su alta talla me intimidaba.

—¿Somos sacrificios? —pregunté, al mismo tiempo que se levantaba otra nube de polvo a causa de un frío viento.

El albino cerró los ojos y asintió. —Son sacrificios, pero a modo de juego, o así lo puedo describir —dijo. Señaló primero hacia el cielo, indicando la cima de la montaña donde nos encontrábamos, y dijo: —Sé que desde los niveles superiores se ve la ciudad de Orcath, que es una ciudad erguida sobre la tortura y la desesperación. Allí no hay habitantes, hay prisioneros, y abunda la miseria, la ruina y la amargura. Y desde otras cimas se ve una torre llamada Íril Créidorol, pero poco sé de esa mazmorra. Y nosotros nos encontramos en una cordillera creada por las vértebras de una bestia primigenia y colosal, una bestia que los antiguos llamaron Zarg, y por eso este reino es llamado Zargón.

—Por favor, explícame de los sacrificios —pedí, ansioso por mi seguridad. El pecho me latía con fuerza y no podía dejar de mover mis rodillas, nervioso.

Arahh se dio cuenta de mi premura y asintió. —Nosotros estamos en un precipicio llamado «La Garganta». Y, según entiendo, todos los días este abismo se llena de personas de muchos orígenes. No sé las normas en las cuales se basan para ponerlos en cada nivel, por lo que creo que es un orden aleatorio; pero sí sé que en los niveles superiores hay dos demonios antiguos

que hacen insoportable la estadía en la cima. Se llaman Deheremonth y Gahenan, pero no sé cómo lucen. Lo único que sé es que causan terror en las personas que llegan a esos niveles. No sé si los devoran o los torturan; pero cuando estoy aquí veo, sin excepción alguna, a muchos saltar desde los pisos superiores, llenos del terror. Ninguno quiere estar a merced de esos dos demonios originarios. Lamento no poder darte más información de esos seres ni de los niveles superiores.

Entonces miré hacia mi derecha, hacia el acantilado que descendía, y pregunté: —¿Qué hay en los niveles inferiores?

—No lo sé con certeza, pues nadie ha vuelto después de verlos —respondió Arah— Pero hay mitos, comentarios de un monstruo milenario y atroz.

En ese momento sentí que mi tiempo allí se acababa. Así que le hice una última pregunta: —¿Si eres de otro mundo, por qué nos podemos comunicar?

El gigante notó mi gran perspicacia, y sonrió por ello. —No lo sé, pero aquí todos parecemos hablar el mismo idioma. Ahora despierta y, de corazón, espero que nunca vuelvas.

Cuando abrí los ojos estaba acostado en mi cama, en mi apartamento, al occidente de la ciudad. Estaba enjugado en sudor. Mi corazón estaba acelerado, como si quisiera salirse de mi cuerpo, y mi respiración era agitada, incluso estertorosa. Todo mi cuerpo temblaba y estaba claramente afectado por la pesadilla.

«Yo tampoco espero volver a verte, amigo gigante» pensé mientras sonaba el desesperante despertador. Era lunes, eran las 5 a.m., era hora de levantarse para ir a trabajar y dejar esa nítida pesadilla en el olvido.

RELATO DE ROCÍO:

Llevo ya días preocupada por mi novio. Es un hombre bueno, muy bueno, y me duele verlo enfermo. Marco es una persona común: si todos pelean él pelea, si todos callan él calla. Le molesta ver a alguien adelantarse en la fila o no pagar el transporte público. Es puntual y responsable, algo tímido y casi no se queja (aunque a menudo habla por mí, pues yo soy más tímida que él, y me defiende aun cuando él tiene temor). Por eso, por ser como es, quiero que se cure lo más rápido posible.

Hace varios meses no duerme bien. Se queja de pesadillas y de un mundo perverso que lo absorbe cada vez con más regularidad. Habla de una «Garganta» y de montañas cenicientas. Ya le he dicho que debe ir al médico, pero él evita los medicamentos religiosamente. Yo misma le compré valeriana y prácticamente lo obligué a tomarla; pero esos malos sueños no han cesado.

La semana pasada tuvo que pedir una licencia en el trabajo, pues la falta de sueño y un cansancio acumulado hacen que cometa errores. Estos días me quedará en su apartamento para cuidar de él, mientras mi madre se queda con mi hijo. Marco fue el primer hombre que me dio mi lugar, fue el primero que vio en mí a una gran mujer y que llenó el vacío de mi baja autoestima con amor y bondad. No sé qué haría sin él.

Desde que iniciaron las pesadillas se ha vuelto más irritable. Lo entiendo, pues la falta de sueño influye en el humor. Pero lo amo con locura, y ese amor irracional me permite ser

paciente. Espero que esta licencia le ayude a su salud. Si no mejora lo llevaré al médico así sea a rastras. No puedo dejarlo solo en este momento, y yo no sería capaz de estar sin él. El sólo pensar que puede desmejorar me aterra, y el perderlo causa en mí un vacío en el pecho y un hueco en el alma.

RELATO DEL DR. SAID:

El día de ayer atendí un paciente con un diagnóstico difícil. Rocío, su novia, lo trajo casi obligado. El hombre, llamado Marco Corradini, se queja de tener pesadillas que lo están afectando en la vida real. Dice que puede percibir aromas, y sentir frío y hambre; sensaciones que normalmente no son percibidas por el subconsciente. Por ahora simplemente le receté algunos medicamentos por unos días para que pueda conciliar el sueño profundo.

Sin embargo, lo que hace difícil el diagnóstico es la nitidez de sus recuerdos. Normalmente, las pesadillas son un sinsentido de imágenes creadas por el subconsciente; pero él describe un mundo muy amoldado a la realidad, aunque para él sea un mundo lejano. Describe con claridad el cielo, el paisaje, incluso las conversaciones que ha tenido con seres enormes y albinos. Eso no es común. Además, dice que siempre aparece en un despeñadero llamado «La Garganta», pero en diferentes alturas. También dice que ha sido bendecido porque aparece en los niveles medios, pero le aterra aparecer en la cima o en el fondo.

Necesito hacerle seguimiento, pues necesito obtener más información para descartar un posible desvarío psicológico, alguna enfermedad mental o alguna intoxicación. En promedio, no tomo como personal un diagnóstico; pero hay algo en este paciente que me interesa y creo que es digno de estudio.

RELATO DE MARCO:

Allí está de nuevo: El cielo negro lleno de estrellas y el mismo paisaje lleno de elevaciones informes y quebradas. Pero esta vez noto algo extraño, noto el aire menos viciado, incluso más puro. El frío también es mayor, y veo más bajas las cimas circundantes. Entonces escucho gritos, gritos desesperados; pero esta vez no provienen desde arriba, sino que nacen abajo. Estoy cerca del borde del acantilado, así que me asomo con cuidado, pues el vértigo de las alturas me invade. Allí veo que algunas personas se lanzan desde un piso un poco más abajo hacia el despeñadero, hacia una altura incalculable y llena de líquidas penumbras. Pero al parecer prefieren lanzarse al vacío que enfrentar una amenaza peor.

—Estamos de suerte —dijo una mujer mientras se posaba a mi lado, mirando también hacia el piso inferior, al otro lado de La Garganta.

La miré y entonces miré a mi alrededor, y me di cuenta de que había varias personas conmigo. Todos era de diferentes nacionalidades: asiáticos, africanos, europeos y americanos; pero, por extraño que parezca, podíamos comunicarnos, aunque ninguno hablara un idioma diferente al materno.

—¿Por qué estamos de suerte? —pregunté mientras los gritos cesaban y los suicidios terminaban al otro extremo del abismo.

—Porque estamos en los pisos superiores, pero en el extremo seguro del abismo —respondió la mujer, al tiempo que señalaba la escarpada montaña al otro lado del cañón. Allí pude ver con una claridad espeluznante cómo una figura negra, parecida a un hombre musculoso, trepaba como un insecto por la ladera vertical hacia la cima desde donde muchos se habían lanzado sólo segundos antes. No obstante, en esa saliente pedregosa aún había personas que no habían tenido el valor de lanzarse, esperando quizás clemencia de esa figura terrible que reptaba con extrema rapidez. No era más grande que un hombre alto; pero sus movimientos violentos y abruptos daban terror.

—Esa enloquecida bestia es Deheremonth —dijo la mujer.

Entonces ese demonio antropomorfo, ágil y cruel, llegó a la saliente. En ese momento todos entraron en pánico. No puedo describir bien su apariencia, pues estaba muy lejos para describir el detalle. Sólo veía una figura humanoide y negra como el petróleo, que realizaba movimientos bruscos contra toda articulación normal. Incluso, pienso que podía girar su cabeza por completo, pero no puedo afirmarlo. Era veloz, muy veloz, y claramente famélico y terrorífico. Apenas llegó a la saliente, muchas personas, llevadas por el pavor, se lanzaron para no caer en sus garras; pero otras simplemente se paralizaron del miedo... y, en medio de mi paroxismo, sólo recuerdo de ellas los gritos de dolor, pues no tengo memoria de las atroces imágenes producidas por esa bestia primordial.

Abrí los ojos y vi a Rocío a mi lado, despeinada y con su pijama azul de Mafalda. Estaba preocupada, pues me miraba con los ojos vidriosos y muy abiertos, y estaba pálida como la nieve. Según me cuenta, yo empecé a hablar solo y en lenguas extrañas, mientras me movía de un lado a otro con incomodidad. Son las cuatro de la mañana, pero me alegro no tener que madrugar y estar en un bus una hora para ir al trabajo. Hoy puedo descansar.

RELATO DE ROCÍO:

Marco empezó a moverse de una manera brusca mientras dormíamos. Supe entonces que estaba teniendo una pesadilla. Dudé en despertarlo, pero entonces me asusté al ver que empezaba a agitarse. Lo llamé algunas veces, pero no despertó. Así que encendí la luz. En ese instante empezó a hablar en una lengua extraña. No era ningún idioma que yo conozca. Así que empecé a moverlo hasta que finalmente despertó. Estaba lleno de sudor y sus ojos estaban cristalinos del miedo. Incluso lagrimeó un poco. Su corazón latía con tanta fuerza que lo sentía con tan solo tocarle el pecho con mi mano. Le pregunté si estaba bien, pero me contó una extraña historia sobre una mujer asiática, sobre una saliente en un despeñadero y sobre un demonio negro que emergía de las terribles profundidades y trepaba montañas como un bicho. La situación está empeorando y cada vez me pongo más nerviosa. Lo amo y no quiero que nada malo le suceda. Voy a intentar tener otra cita con el doctor Said para que nos ayude con algún otro medicamento. La licencia acaba en unos días y no quiero que mi amado Marco sufra un desgaste en su trabajo por culpa de su falta de descanso.

RELATO DEL DR. SAID:

Después de realizarle el seguimiento a Marco me surgieron más dudas que respuestas. Sus pesadillas son muy vívidas, pero al tiempo le están colapsando los nervios. Vi algunas fotos

suyas del año anterior y ahora lo veo mucho más delgado y canoso, como si muchos años de terror le hubieran absorbido la vitalidad. Parece un soldado que ha visto atrocidades indescriptibles. Su novia me dice que él maneja una dieta saludable, pero claramente ha perdido peso. Tiene muchos síntomas causados por estrés, pero ambos aseguran que sólo tienen un crédito y que esa deuda está al día, y que, aunque no son ricos, no tienen muchos problemas financieros además de alguna pequeña deuda atrasada. Ambos tienen trabajos estables y ella tiene un hijo, pero ya es mayor de edad. Al parecer, la única causa del estrés de Marco son sus pesadillas, que ahora se manifiestan día de por medio. Es muy extraño tener pesadillas de manera tan frecuentemente, por lo que empiezo a pensar que el problema es mucho más serio; puede ser cerebral.

Le receté medicamentos más concentrados, pero si no producen ningún efecto debo consultar con expertos neurólogos y realizarle una polisomnografía para tener un diagnóstico más preciso.

RELATO DE ROCÍO:

Los desvaríos de Marco lo obligaron a tomar unas vacaciones anticipadas, lo que nos da algunos días más para su recuperación. Los medicamentos no han surtido el efecto deseado, pero las pesadillas se han reducido un poco. Mi amor se mueve menos mientras duerme, y no siempre despierta aterrado e hiperventilando. Ya le pedí a mi madre que se encargara de mi hijo unos días más para poder dedicarme a la recuperación de Marco.

Pero, aunque hay una leve mejoría por los nuevos medicamentos, la salud de Marco está desmejorando. Come muy bien (yo me encargo de servirle grandes porciones de comida), pero cada vez adelgaza más. Sólo se me ocurre que el estrés de sus pesadillas queme más calorías de las que consume; pero no soy doctora ni nutrióloga como para asegurar aquello. Sus ojos cada vez se ponen más rojos, inyectados de sangre a causa de sus bruscos movimientos mientras duerme, y han aparecido muchas canas en su cabello; esto no debería ser un problema, pero las canas han aparecido en gran cantidad durante los últimos días. Sólo espero que mejore con el tiempo, aunque sigo asustada y preocupada. Incluso empecé a rezar, esperando una recuperación rápida para que siga siendo el hombre perfecto... aunque para mí es perfecto aun estando enfermo.

RELATO DE MARCO:

Ya estoy empezando a entender este mundo lejano de bordes informes y dimensiones tergiversadas. He hablado dos veces más con Arahk, el gigante albino, y he conversado con otros invocados de diferentes niveles, muchos de ellos ya con varias visitas a este fantasmagórico reino. Todo esto me ha dado una idea más detallada de este perturbador sitio.

En una visita corta a este reino vi, desde casi la cresta del acantilado, un valle lejano entre montañas escarpadas. Al borde del valle, entre los brazos de las montañas grises, vi una torre

negra, ciclópea y muy antigua. Aunque la distancia era enorme, supe muy dentro de mi ser que esa era una mazmorra repleta de horrores.

—Es Íril Créidorol —dijo una persona que se encontraba a mi lado, mortalmente envejecida y esquelética. Vestía harapos y tenía una barba larga y blanca—. Desde allí nos invocan a este abismo maligno —aseguró.

—¿Estamos a salvo en este nivel? —pregunté, afanado y nervioso.

Y el viejo asintió. —Estamos a salvo, aunque estamos en uno de los niveles superiores —respondió con alivio. Claramente él también estaba a merced de la aleatoriedad de los niveles, y era obvio que temía estar en algún nivel peligroso.

—¿Sabes algo más de este sitio? ¿De los niveles inferiores?

Pero el anciano meneó con la cabeza. —Sólo sé que son terribles y que nadie escapa a la profundidad del socavón. Pero hay un rumor entre los nativos: Dicen que al fondo del acantilado hay un monstruo, una abominación espantosa. No tiene nombre ni nadie nunca lo ha visto y ha sobrevivido; por lo que nadie sabe cómo luce. Dicen que al principio los locales intentaron cazarlo y darle muerte, pero al no poder hacerlo decidieron brindarle sacrificios para calmarlo.

—¿Esos sacrificios somos nosotros? —pregunté con terror.

Y él se encogió de hombros. —Eso no lo sé. No sé nada de los pisos inferiores.

Este rumor lo escuché en otra corta visita a los niveles medios, y el gigante albino me la había confirmado anteriormente.

—Sí, la bestia —aseguró Arahk ensimismado—. Dicen que esa bestia vive en las entrañas del abismo, habitando las profundidades de la montaña; pero es imposible saber si es cierto o no. Se especula que los pisos inferiores son peligrosos porque nadie vuelve de ellos, pero cualquier afirmación es conjetura. Ni los dueños de este reino, ni los sabios antiguos, ni nadie foráneo sabe en verdad qué hay al fondo de La Garganta. Nadie nunca ha vuelto de allí; esa es la única verdad.

Ahora, después de varias pesadillas, puedo decir lo siguiente: Las almas de varias personas son raptadas y dejadas alrededor de toda La Garganta, en salientes entre las dos montañas que forman el abismo. Estas salientes pueden denominarse como «niveles». Desconozco cuántos niveles hay, pues no hay número alguno ni los he visitado todos; pero sé que en la cima no corro peligro. Entre los niveles tres y cinco habitan los dos demonios primigenios: Deheremonth y Gahenan. Ya vi al primero, oscuro y aterrador. Es un cazador rápido y cruel, y trepa por los acantilados entre esos tres niveles. De Gahenan sólo sé que vive en el cuarto nivel, amparado por una gruta, y que el demonio Deheremonth no se acerca allí; pero nada más sé de ese terror escondido.

El piso más profundo al que he llegado es al once, y desde allí logré ver en la montaña del otro lado del abismo tres salientes más, por lo que puedo deducir que los pisos intermedios son del seis al catorce o quince. Estos pisos son seguros. A partir del piso dieciséis pueden considerarse los pisos profundos; pero para mí es imposible saber cuál es el último nivel, donde supuestamente vive la calamidad narrada en los rumores.

Pero, por lo que me he enterado, quien empieza a visitar los niveles profundos no vuelve a salir a flote, por lo que ruego y espero no ir nunca allí; aunque es cuestión de tiempo que la

mala suerte me arrastre a ese oscuro mundo allá abajo, donde finalizan las vidas y las esperanzas.

Sin embargo, siempre que la locura me libera y el horror me deja volver al mundo real, la veo a ella, a mi amada Rocío, pálida y preocupada por mi estado. Cada viaje a ese enigmático y antiguo mundo finaliza con la maravillosa recompensa de verla de nuevo. Me siento terrible por ser el motivo de su preocupación y su desvelo, pero estoy agradecido al mundo y a la vida por tenerla a mi lado en este momento de flaca lucidez y terrible psicosis.

RELATO DE ROCÍO:

La demencia de Marco empeoró hace sólo una semana. Sigue obsesionado con la idea de un abismo y el terror que le da el pensar en aparecer en los pisos inferiores. Dice que ya bajó al umbral, y que sintió que todo era una verdadera tortura. Lo describió como un sitio yermo y lleno de ceniza, proveniente de un volcán lejano, gigantesco y arcaico (él está seguro de que la ceniza de ese reino montañoso viene de un volcán). Dice que sintió de nuevo el dolor de espalda por dormir sobre la dura tierra; pero que esta vez la luz era mimbreña, casi nula. A duras penas eran visibles las paredes frías y filosas del abismo. Supo entonces que estaba en los niveles inferiores. Allí, extrañamente, sintió que el tiempo se extendía más, y que su visita en ese sitio interdimensional era mucho más larga. Esto hizo que los segundos se volvieran minutos, y los minutos horas, y las horas días. Afirma que esto hizo que su apetito se abriera y la sed empezara a abordarlo con inclemencia.

—Era como esperar por meses que alguien me diera algo de comer —afirmó—. Y lo peor es que esta vez estaba solo. No había nadie conmigo. ¡Estaba solo! —gritó.

Dice que poco a poco empezó a debilitarse, mientras el estómago se le contraía en terribles pasmos a causa del hambre. También empezó a deshidratarse por la falta de agua, y empezó a tiritar del frío.

—Sólo quería esperar la muerte —añadió—. Nunca pensé que el hambre y la sed fueran tan increíblemente desesperantes, pues nunca las había sentido de esa manera. No se puede comparar el saltarse el almuerzo de un día a estar hambriento constantemente, sin esperanza alguna de conseguir comida ni agua. Sólo quería morir.

Para él fueron meses en ese ruinoso lugar; pero para mí fueron sólo minutos, pues cuando empezó a temblar de frío, a moverse y a sudar lo desperté. Apenas despertó fue a la cocina a atiborrarse de toda la comida que pudo. Y bebió tres vasos de agua. Después de comer y beber, tuve que ayudarlo a llegar a la cama, pues decía que se sentía débil. La situación se me está saliendo de las manos, y ahora no sólo temo por su salud mental, temo por su vida.

RELATO DEL DR. SAID:

El paciente Marco empeora estrepitosamente. Desde nuestra última cita ha perdido doce kilos, y su aumento de canas es evidente, además de sus arrugas. Sus ojos están hinchados e irritados, y tiembla constantemente. Incluso, se encuentra mucho más molesto por el estrés y la falta de descanso. Es increíble ver cómo el cuerpo se deteriora si el cerebro falla. Un cuerpo

humano no puede durar mucho tiempo sin sueño, pues corre el riesgo de morir por fatiga de sus órganos. Creo que el límite registrado son once días sin sueño, si mal no recuerdo.

Pero el paciente se esmera por mantenerse despierto, aterrado por el pensamiento de tener esas desagradables pesadillas. Sus sueños se han vuelto más extraños. Dice que las dos últimas pesadillas las ha sufrido en los «niveles inferiores» de «La Garganta»; el abismo que siempre describe en sus visiones. Y dice que el tiempo allí corre mucho más lento que en la vida real. Afirmo sentir que la pesadilla dura días. Esto podría ser fácilmente explicado en una situación normal; pero el problema es que el cuerpo parece reaccionar igual que la mente, y que el sueño lo hace consumir muchas calorías. Parece que su cuerpo permanece en ayuno por días mientras duerme.

Después de realizarle la polisomnografía, además de una resonancia para descartar lesiones, veo una cantidad anormal de actividad cerebral, pero debemos realizar más estudios. También estoy pensando en emitir una orden de hospitalización para realizarle más exámenes mientras duerme, y ver cómo se comportan sus conexiones neurológicas.

Rocío, la novia del paciente, está de acuerdo; pero Marco insiste en no someterse a exámenes mientras duerme, pues simplemente no quiere dormir. Hace lo imposible para mantenerse despierto: Toma café y varias bebidas energizantes, hace ejercicio físico y escucha música con sus audífonos toda la noche. Pero finalmente el sueño lo vence. No tiene pesadillas todos los días, pero las dos últimas alucinaciones lo han hecho entrar en pánico y en constante alerta. Espero que el paciente acepte el tratamiento en el hospital para poderlo ayudar... a él y a su novia, que se ve cansada y deprimida.

EL HORROR DE LOS NIVELES INFERIORES

RELATO DE MARCO:

Me duele la cabeza por intentar estar despierto. Me molesta todo y me siento muy cansado. Sé que me volví una carga para Rocío, pero ella no se imagina el horror que siento al abrir los ojos y ver ese cielo de antiguas estrellas rutilantes sobre las gibas secas y pedregosas de las monstruosas montañas. No me importa si esos viajes psíquicos son reales o falsos, lo único que me importa son los terribles dolores y los duros padecimientos que he sufrido desde que empecé a visitar los pisos inferiores.

Ayer tuve mi tercera visita, y fue aun más tortuosa que las dos anteriores. Abrí los ojos y un pánico me apretó el pecho al ver que de nuevo estaba allí, en Zargón, preso de los pisos bajos de La Garganta. En el cielo, lejano como nunca, brillaba una extraña aura. Parecía una aurora boreal, pero no era verde, era púrpura y hermosa, y acariciaba el brillo de las frías estrellas de plata. Pero el sosiego duró poco, pues abajo, donde estaba, la oscuridad creciente me indicaba que estaba más cerca del suelo, donde la monstruosidad sin nombre habitaba, y donde mi penuria duraba más tiempo. Cada vez que bajaba más sentía más extensa mi visita a ese reino olvidado, y el hambre y el frío eran cada vez peores, entretejiendo mi sufrimiento por largos periodos.

Grité horrorizado, al tiempo que vi caer muchos cuerpos al vacío, gritando desesperados. Deheremonth había sembrado de nuevo el pánico en las cimas, causando una conmoción ya conocida. Y asimilando mi penuria, me acurruqué contra la pared de la montaña, solo, alejándome del abismo negro y cada vez más hediondo; un abismo que me llamaba con voces siniestras, invitándome a lanzarme para no sufrir más. La mente, frágil y rodeada de oscuridad y miedo, empezaba a enviarme mensajes crípticos, empujándome al suicidio tal y como algunos lo habían hecho hacía sólo unos segundos.

Pero el recuerdo de mi amada Rocío me mantuvo agazapado contra la afilada ladera, alejando los fantasmas de la desesperación. El ver su rostro al despertar fue el motor para aguantar esa fría estadía en ese infierno árido y tétrico. Así pasaron horas y días, o eso pensé, pues allí nunca sale el sol. Simplemente sentí cómo mi visita en ese nivel se expandía en un tiempo infinito, como si la eternidad misma me envolviera, al tiempo que mi cuerpo empezaba a fallar. Me sentí envejecer, mientras creía morir de inanición e hipotermia, olvidado y solo en ese ennegrecido contorno.

Y, en medio de esa espera eterna, sentí el sacudir de las entrañas de la montaña. Una vibración acompañada de un mugido sombrío y misterioso. Entonces la imaginé. Imaginé esa cruel deformidad sin nombre que habitaba las inconcebibles profundidades de La Garganta. Incluso me pareció sentir el pasar de esa aberración bajo el suelo, arrastrándose a sólo metros del borde pétreo en donde me encontraba. No podía aguantar más. ¡No más! No era capaz de aguantar el miedo y a la vez las inclemencias del seco entorno. Sólo quería acabar con todo.

Entonces desperté trastornado, y allí estaba ella, menuda y con su rostro hermoso... siempre está ella.

RELATO DE ROCÍO:

Han pasado varios días desde la última pesadilla de mi amado. Soñó de nuevo en ese acantilado, pero me dijo que esta vez estaba más cerca del oscuro fondo, y que sintió abajo un monstruo extraño y primitivo. Debo confesar que, por más que lo ame, no creo que esto sea más que un delirio. Creo que su subconsciente le está jugando una mala pasada.

Sin embargo, Marco sigue adelgazando de forma estrepitosa. Después de la última pesadilla se levantó más delgado y hambriento. Ni siquiera pudo levantarse de la cama por sí solo a causa de la fatiga y la falta de energía. Y cuando le traje algo de arroz no pudo tragarlo de inmediato. Tuve que mascarlo primero y después ponerlo en su boca. Además, anda irascible y todo le incomoda, incluso mi compañía. Los últimos dos días no se ha bañado, por lo que creo que también está sufriendo una fuerte depresión. Creo que la mente lo está matando poco a poco.

Ayer logró dormir cinco horas. Aunque puede sonar poco, para él es mucho tiempo, pues se ha esmerado por permanecer despierto y evitar los horrores de sus angustiosos sueños. El cansancio es el que lo vence y lo obliga a dormir. Ya lo hemos hablado y acordamos que si tiene de nuevo una de esas pesadillas iremos al hospital para que sea internado y los médicos solucionen el problema de raíz. Él no está muy convencido, pero yo espero que esto acabe pronto y él mejore definitivamente. Debo admitir que han sido días duros, largos y tristes, pero no puedo dejarlo solo en este momento de necesidad. Para eso es una pareja, para servir de muleta cuando el otro cojea. Él me ha dado momentos muy felices, y lo mínimo que puedo hacer como su mujer es ayudarlo.

RELATO DE MARCO:

Finalmente decidí internarme en el Hospital Santa Ana. El doctor Víctor Said es quien lleva el caso. Dice que si duermo podrá ver la actividad cerebral y de esta manera puede llegar a un diagnóstico más severo. Me da pavor dormirme, pero mientras Rocío esté a mi lado siento que puedo sobrellevar a otra temporada en el infierno.

El motivo por el que decidí hospitalizarme fue el secuestro irreal pero ya frecuente de la noche anterior. Fui de nuevo llevado por fuerzas desconocidas al reino de Zargón, y caí de nuevo directamente a los pisos inferiores de la malsana Garganta. Pero esta vez me sentí físicamente enfermo a causa del peligro, azuzado por el terror de finalmente poder ver el suelo al fondo de la abertura. Allí estaba, nítido pero bordeado de oscuridad. Estaba tan cerca del piso que podía verlo. ¡Podía verlo! Era una senda terrosa entre dos montañas escarpadas que, según sé, son los vestigios de las vértebras de una bestia gigantesca. La senda estaba bordeada de pequeños matorrales, pardos y secos, casi todos deshojados. Y en los bordes se anidaba la penumbra, pues la luz plata de las estrellas no alcanzaba a llegar allí.

Y finalmente pude divisar la guarida de esa «cosa». Era enorme, brutalmente enorme, y negra como una boca cavernosa. Nada era visible desde adentro, pero yo sabía que allí estaba, vigilante, atenta y famélica; esperando cualquier sutil movimiento para atacar como una araña que siente movimiento en su telaraña. Pero no podía distinguir nada al interior de la enorme fisura; sólo podía imaginar el aspecto horripilante del dueño del fondo del abismo. Sin embargo, sí había algo que podía sentir con claridad: El hedor. El interior de la grieta lanzaba un hálito fuerte y agrio, apestoso, casi irresistible. Bajo las estrellas, esa grieta hedionda parecía todavía más espeluznante y peligrosa.

En la entrada, sobre la senda polvorienta, había varias huellas de arrastre. Allí eran visibles los rastros de la violenta caza. Incluso algunas rocas del rededor parecían tener grandes cantidades de sangre y baba espesa y lechosa. Todo el escenario era espantoso. Pero yo aún estaba a salvo, unos pisos arriba del fondo, muchos metros arriba de esa caverna delgada y sombría.

De repente sentí una mirada proveniente de esa impenetrable negrura. Sentí entonces un terror frío que recorrió mi espalda. Así que, por acto reflejo, me alejé del borde del acantilado, escondiéndome de la mirada hostil proveniente de la gruta. Y me agazapé contra la pared, preparándome para una larga permanencia allí, sobre la fría roca, bajo un cielo hermoso repleto de estrellas. Ya sabía que aguantaría mucho frío y mucha hambre; pero esta vez no sentí tanto las inclemencias del obscuro ambiente, pues una pequeña sensación de agradecimiento me alimentó el alma: Por lo menos no estaba al alcance de la azarosa criatura.

Logré despertar sin tanto dolor; pero debo solucionar esto cuanto antes, pues cada vez estoy más cerca del profundo suelo, y siento pánico al pensar que en mi próximo viaje interestelar puedo resultar frente a la peligrosa mella donde habita el monstruo.

RELATO DEL DR. SAID:

El paciente Marco Corradini finalmente decidió internarse en el hospital. Su falta de sueño le ha causado migraña, ansiedad, depresión e irritabilidad. Su novia Rocío ha sufrido los embates de su mal humor, pero ella es devota y lo ama, y creo que ella es el motivo por el que él quiere mejorar.

Durante nuestra reunión, el paciente describió de nuevo sus pesadillas con gran detalle, siempre situándose en un abismo entre dos grandes y yermas montañas. Y, aunque dice que sus «viajes» iniciaron en las alturas medias de las montañas, después fue casi hasta la cima y, súbitamente, empezó a acercarse al suelo. Su mayor temor es llegar a lo profundo de lo que él llama «La Garganta», pues dice que allí, en una cueva, habita un peligroso animal.

Me preocupa que este exceso de pensamiento durante su sueño pueda desembocar en una esquizofrenia; pero todo apunta a eso, pues dice que hace unos días empezó a escuchar voces «frías y enigmáticas» que le dicen que salte al vacío del precipicio. El gran problema es que las escucha mientras está despierto (aunque a veces no sabe si está despierto o dormido). Él piensa que es un llamado desde un mundo lejano y ancestral llamado «Zargón», pero es claro para mí que son los inicios de un problema mental. Como anotación adicional, tiene los ojos

muy rojos, sanguinolentos; pero esto no encaja con una enfermedad mental, por lo que creo que el mal de ojo seco puede ser la causa. Muy probablemente entreabre sus párpados mientras sufre sus enajenaciones, y esto causa la irritación.

Vamos a inyectarle unos relajantes musculares como primera medida para obligarlo a dormir y ver la actividad que tienen las neuronas mientras está sumergido en sus pesadillas. Ya con los estudios en la mano me es más fácil llegar a una conclusión. Espero todo salga bien.

RELATO DE ROCÍO:

El doctor Said ha realizado varios exámenes. Ha encontrado muchas conexiones neuronales con actividades inusuales. Pero Marco aún no ha sufrido de las enigmáticas pesadillas desde que se encuentra en el hospital. Ya han pasado varios días, pero no ha sentido el vértigo necesario para ayudar al médico a llegar a un diagnóstico acertado. Mi motor es la ilusión de ver sano a mi amado, y por ello no me importa ir y venir al hospital después del trabajo, llevando y trayendo víveres y medicamentos. Incluso le ayudo a bañarse. Mi familia entiende la situación y me apoya. El cansancio y la desesperanza a veces me abordan, pero sigo enfocada en mi cometido de ser el apoyo de mi amado.

RELATO DEL DR. SAID:

El paciente Corradini finalmente tuvo un ataque maniático el día de ayer, producido por sus pesadillas. Casi de inmediato fue trasladado para realizarle una resonancia magnética, y se pudo evidenciar una anómala actividad cerebral. Los pulsos neuronales mostraron sensación de dolor físico en el paciente mientras soñaba. Eso indica que el paciente está confundiendo la realidad con los sueños, y la diferencia entre la consciencia y el subconsciente se está diluyendo. El caso es grave, pues las consecuencias pueden verse reflejadas en otros órganos. El estrés puede llevarlo a un agotamiento crítico, incluso puede desembocar en un infarto a causa del pánico que experimenta mientras sufre estos impulsos casi psicóticos.

Después de lograr despertarlo, el paciente, hambriento y sediento, nos narró la misma disparatada historia del monstruo que habitaba en las faldas del cañón, entre dos montañas altísimas. Insistía en afirmar que por fin había visto el monstruo. «¡La vi, la vi! ¡Dios mío, estoy vivo! ¡Gracias a Dios estoy vivo!» gritaba enérgicamente. La situación es más compleja, pues el paciente tiene pavor e insiste en no volver a dormir y ver de nuevo a la criatura de la gruta. Me veo en la difícil decisión de volver a dormirlo para continuar con el diagnóstico, pero temo una desmejora progresiva.

RELATO DE MARCO:

Van dos veces que despierto en el fondo, al alcance de ese demonio primigenio y terrible. La primera vez fue una experiencia aterradora. Abrí los ojos y me vi finalmente sobre una senda cenicienta, quizás del ancho de una avenida de ocho carriles. A los lados había algunos

matorrales enfermos y deshojados que trepaban las laderas escarpadas de las dos montañas que, como moles pétreas, formaban La Garganta.

Lo primero que hice fue examinar mi entorno. Me encontraba en una hondonada formada por los brazos de la montaña. No había paso hacia un lado, pues las paredes de roca se levantaban en alturas inimaginables. Desde allí ninguna cima era visible, pero en cambio el cielo era sobrenatural, hermoso, como un sueño onírico de destellos estelares. Entre el río de estrellas plateadas brillaban las auroras boreales púrpuras, pero esta vez también eran visibles tonos azulados y dorados que transportaban la mente a dimensiones maravillosas y desconocidas.

No obstante, la tierra donde reposaba era maligna y oscura. Como dije anteriormente, no había paso hacia lo que llamaré el sur. El sendero sólo se abría hacia el norte, delgado y lúgubre. Pero unos pasos adelante parecía haber una encrucijada, donde varios caminos se unían hacia la única salida visible. Los otros caminos que se unían al principal no eran visibles por las rocas del rededor, sólo se veían unos metros que llegaban a la confluencia del camino principal. En otras palabras, creo que puedo describir la geografía del último nivel como una serie de hondonadas entre las rocas que se unen en un único camino.

Entonces me di cuenta de que esta vez estaba acompañado. Había dos mujeres que se encontraban agazapadas a los bordes de la hondonada, contra las duras rocas.

—Este es el fin, ¿cierto? —preguntó la mujer.

Yo meneé la cabeza. —No lo sé —dije.

Entonces me senté y esperé la tan cotidiana tanda de suicidios producidos por el temor a Deheremonth. Y mi espera no fue muy larga, pero esta vez la imagen fue mucho más espantosa. Ya estaba acostumbrado a ver los cuerpos lanzarse y caer rápidos hacia el vacío; pero esta vez yo mismo estaba en el fondo, y vi con horror y repugnancia cómo los cuerpos, impulsados por una gravedad brutal desde alturas lejanas, caían y se estallaban contra el suelo. ¡Estallaban! Sólo sus brazos o piernas quedaban reconocibles. Los cuerpos se convertían en simples manchas de sangre y tripas, al tiempo que producían ese repulsivo sonido de huesos rotos. Los gritos terminaban de súbito, a la vez que el sendero se pintaba de ese rojo cuajado y asqueroso. No pude resistir después de ver el tercer cuerpo caer, así que simplemente miré a las mujeres, que se tapaban los oídos y gritaban aterrorizadas al ver tan terrible escena.

Y, de repente, empecé a sentir la imperiosa necesidad de correr, de lanzarme a toda velocidad por el sendero hacia lo que creo era el norte. Las mujeres parecieron sentir lo mismo, pues casi de inmediato, y sin cruzar palabra, salieron a correr por el sendero, mientras más cuerpos caían desde las alturas. Yo también inicié carrera por el camino, llevado por un frenesí inexplicable pero voluntarioso. Sin embargo, recordé una conversación con Arahk en los pisos medios, donde me había advertido que no sucumbiera al afanoso impulso de correr. Al inicio no entendí, pero ahora lo entendía. Mas no era fácil. Mientras pensaba en el gigante seguía corriendo hacia la confluencia de los caminos. Vi entonces que muchas personas salían de todas direcciones, de todos los senderos, en tropel, corriendo apurados por la senda. Yo, incapaz de detener mis piernas a voluntad, me obligué a tirarme al suelo. Y, al caer, lo vi todo...

Me es difícil describir la escena sin temblar y sin sentir un dolor en el pecho a causa del temor. Me estremezco de sólo recordarlo. Antes de llegar a la encrucijada donde todos los caminos se volvían uno, vi, echado en el suelo, la negra gruta. ¡A sólo metros estaba la maldita gruta! Oscura como el vacío, hostil e infernal. No me había percatado, pero ahora sentía ese hedor fétido y nauseabundo que despedía la fisura, como un aliento carroñero. Estaba en la pared izquierda del camino, donde precisamente se hacía más estrecho. Era obvio para mí que era una trampa, pero en mi interior sentía el deseo profundo y perseverante de seguir corriendo. Quizás era un instinto primitivo que me decía que ese era el único camino a la libertad, y que simplemente debía ignorar todo y debía correr. Incluso mi cuerpo sin voluntad se levantó de nuevo para emprender marcha, pero me volví a lanzar al suelo polvoriento, llevando por una perseverancia inquebrantable.

Ahora, lo que voy a describir es lo más horroroso y sombrío que haya visto en mi vida: Vi salir de la gruta algunos dedos largos parecidos a los de un anciano, y grandes, muy grandes, casi de dos metros. Y vi salir manos, dos manos inicialmente, y después otras tres. ¡Cinco manos gigantes y tenebrosas, con uñas y nudillos! Podría jurar que eran manos humanas, como las de un gigante. Pero había algo aún más aterrador: Las manos eran blancas, con algo de hollín y sangre, pero claramente blancas. Brillaban en medio de la oscura grieta de donde emergían. Salieron tanteando los bordes informes del agujero de la montaña, como un ciego conociendo su entorno o una persona en un recinto oscuro buscando la luz. No puedo sacarme de la mente esas horribles manos albinas.

Entonces, de repente, y rápidas como serpientes, las manos se alargaron... o no necesariamente, simplemente salieron brazos tras esas manos. Eran brazos delgados, aunque gigantes, como troncos de secuoyas, y musculosos y terribles. También eran blancos, pero un poco más pálidos, y se veían a través de ellos venas asquerosas y azuladas. Después de ver los fuertes brazos sólo recuerdo imágenes de pesadillas: Las rápidas y hercúneas extremidades empezaron a tomar a las personas que se acercaban corriendo a la gruta, y las apretaban como quien aprieta plastilina. Y las personas, ahora aplastadas, salían como masas rojas por entre los siniestros y deformes dedos. Aun así, lo más aterrador era la velocidad: La abominación los cazaba tan rápido que a veces no podía seguirla con los ojos. Y cuando las personas empezaron a retroceder, salieron otras tres manos. ¡Ocho extremidades!

Corrí hacia la hondonada donde había iniciado la tortura, con todas mis fuerzas y sin mirar atrás. Sólo escuché los alaridos dolorosos y los berridos desesperados de las personas. Las dos mujeres que me acompañaban no volvieron, por lo que asumo fueron despedazadas por esos infames dedos.

Al llegar a la hondonada me agazapé en el rincón más alejado del sendero. Empecé a temblar, aterrorizado. La adrenalina empezaba a abandonarme, por lo que mis brazos y mis piernas se empezaron a mover en contracciones involuntarias. No era frío, era terror, terror puro. El pecho me dolía y el corazón bombeaba con furia sangre a mis venas, y las lágrimas se salieron por mis ojos, limpiándome las encenizadas mejillas. Me tomé la cabeza, pues sentí una jaqueca inaguantable, al tiempo que miraba el camino, esperando que esas manos vinieran por mí y me destrozaran los huesos. No grité, pero quería hacerlo, simplemente el terror me

paralizó por completo. Así estuve varios minutos que me parecieron horas. Hasta que poco a poco el cuerpo me empezó a obedecer. Al mismo tiempo, los escalofriantes gritos cesaron.

Pasó el tiempo, no sé cuánto, pero ese tiempo fue frío, silencioso y aterrador. Vi, con mis propios ojos, cómo la bestia palpaba el camino con sus manos enormes, y apretaba los cadáveres de los suicidas de las alturas hasta simplemente hacerlos desaparecer. Así estuvo por mucho tiempo, prácticamente limpiando sus dominios profundos y apócrifos. Durante ese ínterin olvidé el hambre, la sed y el frío. Simplemente me limité a ver desde mi escondida posición la gruta y cómo esas largas extremidades homínidas y blancas salían de allí con especial desagrado. Finalmente, después de mucho tiempo de sentir el incómodo polvo en mis labios y en mis ojos, y de esconderme de la bestia en la estéril hondonada, desperté en el hospital... pero esa fue sólo la primera visita.

Después de esta pesadilla, el doctor Said vio varias anomalías en mi cerebro. Me dio algunos medicamentos y espera tener más respuestas después de indagar con otros especialistas. Estuve medicado y tranquilo por varios días, acompañado siempre de mi amada Rocío. ¡Cómo la amo! No podría sobreponerme a estos padecimientos mentales si ella no estuviera a mi lado. Le he pedido perdón muchas veces por mi humor avinagrado, y me siento avergonzado de depender de ella para el aseo (pues ahora me encuentro desnutrido); pero espero poderme sanar para pagarle con creces todo lo que ha hecho por mí.

La segunda visita al fondo del abismo fue hace tan sólo dos días. Abrí los ojos en la misma hondonada, quizás a doscientos metros de la cueva y del monstruo troglodita y blanquecino. Sin embargo, esa «cosa» no era visible. Sólo veía la negra fisura, alta y amenazante, que despedía ese fétido olor a podredumbre y descomposición.

Y, de repente, volvió a mí el inquieto sentimiento que me impulsaba a correr por la senda, como si una monomanía se apoderara de mi ser. Cuando volví a mí ya estaba corriendo, desbocado, hacia la confluencia y hacia el cubil del monstruo. Algo interno, inexplicable y siniestro, me hacía pensar que si lograba cruzar la guarida podría estar a salvo. Incluso vino a mí una imagen de Rocío al final del sendero. ¡Oh, mi amada Rocío! Sólo la promesa de volverte a ver me lanzaría directo hacia la malformada bestia. Quizás ella estaba al final de ese camino terroso que empezaba a levantar nubes de polvo a causa del trote de varios que ahora corrían a mi lado, como si todos fuéramos azuzados por un látigo cruel pero invisible, que nos arrea hacia la bestia, pero nos promete la felicidad si logramos evadirla.

Algunos me tomaron ventaja, pues eran más atléticos o más altos. Pero en mi cabeza sólo estaba mi amada Rocío. Sabía que ella me esperaba al otro lado, y un pensamiento esperanzador se aferró a mi cerebro, prometiéndome que si lograba abrazar a mi amada lograría salir finalmente de ese reino de pesadilla que se erguía en medio de un dragón colosal otrora majestuoso; pero ahora esquelético y lleno de roca y ceniza.

Pero mi marcha apresurada acabó al ver cómo de nuevo salían las pálidas y lechosas manos de dedos poderosos. Casi de inmediato vi con espanto cómo esos brazos vigorosos se movían con una velocidad sobrenatural, y cazaban a mis efímeros acompañantes, apretándolos hasta

hacerlos crujir. El miedo se apoderó de mí; pero seguía corriendo. ¡Seguía corriendo hacia la muerte blanca de varios brazos!

Ya cuando estuve casi a su alcance, un impulso de voluntad y pavor logró detenerme, y llevado por una enorme tenacidad, logré lanzarme hacia el suelo, derrumbándome sobre la senda terrosa. El polvo entró en mi nariz y en mi boca, y tosí con fuerza y dolor. Incluso mis ojos se llenaron de ese molesto polvo; pero cuando logré abrirlos de nuevo, vi que muchos ya habían desaparecido entre esos dedos recios y terribles. Las manos estaban pegajosas y llenas de sangre y vísceras, y mugre y astillas de hueso. Era simplemente aterrador. Ninguno había logrado escapar.

Aun así, la insaciable bestia sabía que todavía había presas cerca, y por presa me refiero a mí. Yo sabía que sentía que estaba cerca, pero no puedo afirmar si me veía o me olía. Sólo sé que me sentía, pues empezó a tantear sus alrededores, las paredes de piedra, el suelo y las rocas que se levantaban alrededor como dientes solitarios. Así que, impulsado por un horror pocas veces sentido por el alma humana y casi imposible de describir, empecé a gatear hacia mi posición inicial, alejándome del negro socavón que le servía al monstruo de escondite.

Casi llevado por la locura, sólo tengo febriles imágenes como recuerdos de esos oscuros momentos. Pero puedo afirmar que logré alejarme lo suficiente del peligro. Ya en la hondonada inicial, pensé con más claridad y, por extraño que parezca, vi un pálido rayo de esperanza en la falda opuesta a la gruta. Allí, a pocos metros de la morada del pálido amorfo, había una saliente por donde se podía cruzar. Había dos problemas con el plan: La saliente estaba al alcance de esos brazos desproporcionados y membrudos, y subir a la delgada protuberancia rocosa requería tiempo, y la monstruosidad no me daría tiempo. Empero, había dos posibles ventajas a las cuales aferrarse: La bestia no había palpado la alta saliente mientras cazaba a sus presas, consciente de que sus víctimas corrían por la senda en vez de trepar escarpadas cimas. Además, si lograba trepar por la saliente antes de llegar a la gruta, y esperar a que más mártires pasaran por el sendero, quizás tendría una oportunidad. Mientras el cazador octópodo y a la vez antropeide se entretenía con sus presas fáciles, yo podría pasar desapercibido por el pequeño borde de la montaña opuesta.

Era un plan arriesgado; pero no tuve tiempo de indagar más, pues entonces desperté en el hospital. Rocío estaba allí, meciéndome el cabello empapado de sudor. Su bondadosa mano acariciaba mi rostro delgado y me miraba con infinita preocupación y enorme amor. Era ella, y sólo ella, por lo que debía cruzar la zanja cuando el reino de Zargón me llamara de nuevo y me pusiera en las profundidades de La Garganta, bajo las estrellas y entre esas dos enormes montañas.

RELATO DE ROCÍO:

Las cuentas de hospitalización crecen y los ahorros se me están acabando. Estos dos días he podido costear los gastos de Marco y los míos con las tarjetas de crédito. Ya estoy cansada. Incluso he pensado en dejar de intentarlo y abandonarlo todo, volver con mi hijo y que la familia de Marco se ocupe de él. Pero reflexiono y pienso que yo también soy su familia, su novia y amada. ¿Él haría lo mismo por mí? Lo dudo, pues las mujeres somos más atentas en

la enfermedad, mientras que los hombres son más desprendidos, incluso poco empáticos, y nos ven a menudo como obstáculos si enfermamos. Las mujeres, en cambio, nos guiamos a nuestro instinto maternal, y los cuidamos con devoción. Entonces soy consciente que esto lo hago porque me nace, porque soy una buena mujer; no por retribución. Simplemente lo amo, no necesito más justificación.

Pero la carga se torna cada vez más plomiza. Debo ir por la mañana a llevarle a Marco ropa y algunos víveres que piden las enfermeras. Después debo tomar el bus para ir al trabajo. Mi jefe entiende mi situación y me permite llegar una hora tarde y compensarla, por lo que mi jornada se extiende hasta las siete de la noche. Ceno algo ligero y tomo otro bus para ir al hospital. Allí ya está mi suegra. Me quedo con Marco hasta las nueve o diez de la noche y salgo hacia mi casa a alistar mi ropa y cocinar mi almuerzo del día siguiente. El desgaste es terrible. Y, todo empeora al no ver mejoría. Las últimas dos pesadillas han sido catastróficas para la salud de Marco, pues asegura que ha escapado de milagro de esa bestia blanca de muchos brazos. Voy a esperar más tiempo, ¡debo hacerlo! Sólo espero que todo este esfuerzo valga la pena y mi amado se recupere pronto.

RELATO DEL DR. SAID:

Acabo de volver de la entrevista con dos policías, pues me tocó realizar un informe de persona desaparecida. Estoy algo agotado, pero considero menester escribir lo ocurrido el día de hoy con el paciente Marco Corradini. Estaba en mi turno de consulta general cuando una enfermera me interrumpió para decirme que Rocío estaba armando un escándalo por todo el hospital, histérica, y que me buscaba desesperada. Atendí al paciente y pedí que detuvieran por quince minutos mi agenda. Entonces salí directamente al cuarto de Corradini.

Rocío no estaba en ese momento en el cuarto. Pero lo que vi allí simplemente no tenía explicación. Un frío de terror trepó por mi cuerpo al llegar al cuarto de Marco. Salí a buscar a Rocío, al tiempo que le daba indicaciones a una enfermera. Crucé el pasillo y aproveché para detenerme en el cuarto de cámaras de seguridad. Allí estaba Tito, el técnico, con quien tengo buena relación. Le pedí que me mostrar la grabación del cuarto de Marco.

—¿La cámara que se dañó? —preguntó Tito.

Yo negué con la cabeza. —No lo sé. Sólo quiero ver la grabación del cuarto 301 del día de hoy.

Tito me mostró la grabación y allí vi un evento inexplicable: Marco estaba durmiendo. Rocío estaba a su lado. Entonces, de repente, Marco empezó a estremecerse, como si sufriera un ataque de epilepsia; pero seguía dormido. Sudaba y se movía con violencia. En ese momento Rocío intentó despertarlo, pero al ver que Marco no respondía, la mujer salió a buscar a una enfermera para que la ayudara. Lo más increíble fue lo sucedido cuando Rocío salió del cuarto, pues el cuerpo de Marco empezó a contraerse, como si una mano enorme, demoníaca e invisible apretara todo su cuerpo. Sus hombros empezaron a acercarse, al tiempo que sus extremidades temblaban. ¡Y aún dormía! Y, segundos después, la cámara pareció empañarse, y dejó de grabar.

—Pasa algunas veces, cuando hay una ola de calor y el aire acondicionado no funciona —aseguró Tito, dándole poca importancia al evento. Él no se había dado cuenta de la contracción del paciente; pero yo sí, pues tengo ojo crítico de médico experto.

Salí entonces a buscar a Rocío. Asumí que ya había vuelto al cuarto, pero me equivoqué. Yo llegué primero a la habitación 301, y ella llegó tras de mí, desesperada.

—¡Ayúdalo, por favor! —me rogó con lágrimas en los ojos.

¿Ayudarlo? ¿Cómo? Ni siquiera yo sabía lo que sucedía. Entonces ambos nos quedamos callados por un momento, estupefactos, mirando el cuarto de Marco, atónitos y temblando, pues ni siquiera la ciencia podía explicar lo que veíamos en ese momento.

RELATO DE MARCO:

Esta vez es diferente. Siempre que tengo estas pesadillas sé, muy dentro de mí, que estoy soñando; aunque físicamente sufra. Pero esta vez no tengo esa extraña sensación. Sé que ahora estoy físicamente en este abismo tenebroso de formas grotescas y contornos maléficos. Sé que esta vez no despertaré hasta cruzar la senda terrosa y escapar de esa «cosa».

Caminé unos pasos, luchando contra el impulso obsesivo de correr hacia la caverna. Miré con detalle la ladera de la derecha, buscando algún borde para poder escalarla y así pasar por la saliente que ya había visto en mi sueño anterior. Poco después llegué a la encrucijada donde todos los caminos se unen en un único paso. Desde allí pude ver la gruta. Me escondí detrás de una piedra grande y busqué la forma de trepar. Pero de repente escuché un sonido que sólo puedo relacionar con una trompeta, pero de un tono gutural y poderoso. El sonido, proveniente de una ciudad lejana, rebotó en los acantilados como el llamado al Juicio Final. Era el símil a un grito poderoso que trae ruina y desesperanza.

Entonces la bestia despertó y se sacudió dentro de la montaña. Varias piedras se desprendieron y la tierra tembló bajo mis pies. Me agazapé tras la roca donde me hallaba y vi, con espanto y terror, cómo las manos pálidas salían, hundiéndose sus dedos en el suelo como si arrastraran algo... y lo hacían. Finalmente vi en su totalidad al monstruo que habitaba el nivel inferior de La Garganta. No eran ocho brazos, eran diez; pero dos de sus manos estaban mutiladas y sin dedos. A una de las manos le faltaban dos dedos y a la otra uno. Las otras ocho manos estaban intactas, llenas de suciedad y sangre seca; pero completas. Y lo más grotesco y nauseabundo era el «cuerpo», si se le puede llamar así: Los diez brazos musculosos se unían a una masa carnosa que podía ser una cabeza o un torso. Sólo se me ocurre describirlo como una araña albina que en vez de patas tiene manos, y sobre su abdomen estaban los ojos... porque tenía ojos, muchos ojos. ¡Era horrible de ver!

Sobre ese torso carnoso había varias pupilas, enfermas y luctuosas. Se movían a todos lados, y estaban distribuidas en cinco racimos. Era la pesadilla de un tripofóbico. Sus ojos en racimos escrutaban todos los rincones, como quien busca algo o se acomoda a la luz del exterior. Y eran grises, cuál anciano con cataratas. No vi ni boca ni nariz, por lo que asumí que se alimentaba por las manos nudosas. Y, todavía más asqueroso, era el color de la masa que sostenía los brazos y los ojos, pues era blanca, casi transparente. Incluso se alcanzaban a ver en su interior lo que podían ser órganos, morados, rojos y palpitantes, que se movían de manera abrupta, como si tuviera dolorosas contracciones. Hedía, y se movía lentamente, como con pereza. Me pareció que no salía de la negra fisura desde hacía siglos.

Allí estaba la abominación, un monstruo primigenio y casi mitológico que había habitado esas soberbias montañas durante tiempos incalculables, quizás edades. Allí estaba ese peligroso demonio que era alimentado por los sacrificios invocados desde La Garganta, un ser que los habitantes locales no pudieron cazar antaño y que, por lo mismo, preferían alimentar con extranjeros.

Y vi con horror que los ojos enfermos parecían alinearse, primero unos pocos, después un racimo completo, después todos los racimos... ¡Y todos apuntaban a mí!

RELATO DE ROCÍO:

Había llegado al hospital hacía pocos minutos cuando Marco empezó a tener lo que creo fue un ataque epiléptico.

—¡Marco, Marco! —empecé a llamarlo mientras intentaba calmarlo. Pero él estaba dormido, profundamente dormido.

Aun así, se movía de manera brusca, incluso violenta. Temí que se ahogara con su propia lengua, pues había escuchado que ése era uno de los peligros de esos episodios.

—¡Enfermera! —grité mientras salía del cuarto para buscar ayuda.

Inicialmente busqué al doctor Said, pero al no encontrarlo busqué a cualquier persona que me ayudara. Primero le dije a una enfermera, pero ella me ignoró y continuó su camino. Después le dije a un doctor y dijo que fuera con la jefe de enfermería de esa sala. Pero al no encontrarla empecé a gritar desesperada para llamar la atención.

—¡Mi novio se está muriendo! —grité con todas las fuerzas de mis pulmones. La verdad soy muy tímida, pero en ese momento el pánico y la impotencia me abordaron. —¡Necesito al doctor Said! —le ordené a una enfermera que finalmente vino a ayudarme. Al tiempo, otra enfermera se apresuró al cuarto de Marco.

Caminé con una de las enfermeras por unos eternos minutos hacia la recepción. Allí nos dijeron que el doctor estaba en consulta general. La enfermera fue por el doctor Said, pero yo fui hacia Marco. Un vacío en el pecho me abordaba, temerosa. Temía perderlo, pues nunca lo había visto convulsionar de esa manera. Pero, en mi estado de pánico, simplemente no recordé el pasillo donde estaba mi amado. Pregunté a una persona dónde estaba la habitación 301 y me indicó que estaba al otro lado del hospital. Entonces, siguiendo sus indicaciones, corrí despavorida, al tiempo que imaginaba la soledad de mi vida si Marco a mi lado.

«¿Dónde encontraré un hombre tan bueno como él?» me preguntaba con miedo mientras corría, temblando e ignorando las miradas de las personas del rededor.

Finalmente llegué al cuarto. El doctor estaba en el umbral de la puerta, pálido como un muerto. Estaba inmóvil y tenía una mirada de duda y a la vez de sorpresa. Estaba visiblemente estupefacto.

—¡Ayúdalo, por favor! —le rogué mientras lo tomaba de la bata. Ya mis ojos se llenaban de lágrimas, pues en el rostro del doctor veía ruina; pero no era lo que esperaba.

Al principio sólo me enfoqué en el doctor Said, pero segundos después sentí un hedor amargo, semejante al olor del azufre. La fetidez emergía de la habitación, ahora oscurecida

por algún designio maligno. Miré al interior entonces y quedé petrificada al ver que en la cama sólo estaba la ropa de mi amado.

EL INEVITABLE DESPERTAR

RELATO DEL DR. SAID:

Ya van varios días desde la desaparición del paciente Marco Corradini. Lo último que supe es que Tito tiene problemas administrativos en el hospital por este caso, pues las cámaras de seguridad tampoco registran la salida de Marco. Por lo que en teoría nunca salió del edificio.

Le he pedido a mi ayudante que se comunique con Rocío para saber si se tiene alguna pista de Marco, pero me indica que no sabe nada de él. Ella me preocupa, pues está desconsolada. Sé que dejó de comer a causa de la depresión, aunque sigue adelante por su hijo. Pero hay un detalle que me tiene todavía más preocupado: Ella ha empezado a tener las mismas pesadillas. Describe el mismo paisaje estéril y grisáceo, bajo estrellas brillantes y montañas escarpadas. Me preocupa que el trauma de perder a Marco empiece a afectarla.

RELATO DE ROCÍO:

Ya van nueve días y no sé nada de Marco. Según dice la seguridad del hospital, él no salió por la puerta principal. Estoy devastada. Siento una presión en el pecho que me llena de angustia al pensar que no voy a volverlo ver. Me da miedo pensar que todo esto fue en vano. Me culpo porque me quejé de atenderlo, pero ahora que lo perdí no quiero más que tenerlo entre mis brazos, así tenga que cuidar de él. Todos los nueve días he llorado, pero no he dejado que mi hijo me vea deprimida. He intentado dormir, pero ruedo en la cama pensando una y otra vez en mi amado. Y cuando finalmente caigo en manos de Morfeo, tengo pesadillas, sueños terribles muy semejantes a los que él describía.

Ya van dos veces que sueño que estoy sobre un sendero lleno de polvo, en medio de enormes y yertas montañas. Son dos elevaciones que se abren frente a mí, amenazantes. Sus brazos forman la senda. Allí permanezco de pie, esperando algo que no puedo definir. Sé, sin mirar, que tras de mí hay una ciudad o algo semejante (quizás un poblado), y me siento segura. También sé, sin poder explicarlo con lógica, que el sendero zigzagueante que se interna en las montañas es peligroso, muy peligroso, y que yo simplemente debo esperar allí, como una niña que espera ansiosa a su padre, o una mujer enamorada que espera a su amado.

Este escenario es igual al que Marco mencionaba: Un cielo extraño y nocturno, y estrellas que iluminan el paisaje como si fuera de día, un abismo entre dos montañas altísimas y un entorno frío, muy frío. Incluso me despierto tiritando... y con hambre, como si esperara horas en esa senda. Creo que en mi subconsciente están las palabras de Marco, y por eso mi cerebro está empezando a tener esas visiones malignas. Por todo esto, cada vez entiendo más a mi amado, y lo compadezco, pues en verdad es aterrador el poder que tiene la mente sobre el cuerpo. Si nuestro cerebro se vuelve nuestro enemigo, entonces el fantasma de la locura tarde o temprano nos devorará.

RELATO DEL DR. SAID:

La paciente Rocío Malén entró al hospital el día de ayer. Su estado ha empeorado, pues no duerme bien y tiene una fuerte depresión. Empecé a recetarle algunos somníferos, los mismos que le receté a su novio tiempo atrás. Me preocupa que la paciente empiece a experimentar cierta locura por la desaparición de su amado, y su cerebro empiece a descompensarse a causa de la pérdida.

Pero nunca jamás había visto un caso semejante, donde una enfermedad mental prácticamente se «contagia». Es simplemente imposible. Ya le advertí a la paciente que, si continúa con tal declive, debo hospitalizarla; pero ella, de mal humor a causa del cansancio, reniega y me injuria.

—¿Para qué?! ¿Para qué me desaparezca igual que Marco?! ¡Jamás me dejaría hospitalizar en este sitio! —grita con justa causa. Por lo que simplemente callo y le doy la receta.

Por otro lado, la investigación del paradero de Marco sigue estancada. No se tiene pista alguna del paciente, y ya varias autoridades están interrogando a los directivos del hospital. Puede que yo no tenga la culpa de nada, pero tarde o temprano llegarán a mí y pueden realizarme algún proceso administrativo; no porque sea mi culpa, sino para apuntar con el dedo hacia algún culpable. Espero eso no pase.

RELATO DE ROCÍO:

Ayer tuve por tercera vez ese sueño terrible en el fondo de ese cañón de bordes escarpados. No hago más que esperar allí, inmóvil, esperando que algo ocurra, mientras el viento helado me golpea la tierna carne. Tiemblo, pero no me muevo, permanezco estoica mientras veo cómo la senda entra a las dos montañas, como una serpiente que reptaba entre esos peñascos ruinosos.

Al despertar estaba sufriendo una fuerte taquicardia, y tenía mucha hambre y sed, igual que Marco días atrás. Me levanté con lentitud hacia la cocina y comí sin cesar. Pero es obvio que estoy bajando de peso de manera acelerada. Mi rostro se ve más descarnado y puedo verme las costillas en el espejo. ¡Cómo sufrió mi amado! Me duele verme así, pero me duele más el pensar que él sufrió mucho más estos tormentos mentales. Ahora entiendo su terquedad por permanecer despierto y no soñar con esos siniestros padecimientos. Algo me dice que pronto acabará todo, y que yo terminaré presa de ese mundo galáctico y lejano que se abre en esos espacios extravagantes y nocturnos. Espero verte pronto, mi amado Marco.

RELATO DE MARCO:

Inexplicablemente, después de poderoso retumbar, la obscena bestia empezó a internarse de nuevo en la apetosa caverna, arrastrando con sus poderosos brazos la mole carnosa llena de ojos. Sabía que me había visto, pero desconozco el motivo por el cual simplemente me ignoró. Temí que volviera a salir, pero por varios minutos todo fue silencio, sólo se escuchaba el fuerte viento entre las laderas de La Garganta.

Intenté calmarme. Hiperventilaba, al tiempo que la adrenalina recorría todo mi cuerpo. No podía dejar de temblar, pero no podía moverme ni levantarme. Permanecí agazapado tras la roca, incapaz de erguirme. Me había salvado de milagro, pero mi cuerpo hasta ahora empezaba a mostrar los síntomas del pánico. Sudaba sin parar, mientras la respiración se me entrecortaba, ahogándome por instantes. En mi cabeza estaba aún la imagen de ese monstruo blanco que nadie había visto antes sin ser devorado.

En ese instante sentí pasos y gritos de personas. La Garganta había invocado nuevos sacrificios en sus profundidades. Miré a mi espalda y vi que varias personas corrían desbocadas hacia la gruta, llevados por ese sentimiento frenético, impulsados por la promesa de libertad al final del sendero. Supe entonces que tenía una oportunidad de oro, única para llevar mi plan a cabo.

Roído por una valentía casi insana, me lancé hacia la ladera opuesta a la gruta, luchando contra el impulso de correr hacia la monstruosidad. Empecé a revisar la pendiente, buscando de manera desesperada una forma de trepar hasta la saliente que pasaba frente a la grieta, al otro lado del sendero. Palpé con mis débiles manos la fría roca que se levantaba amenazante frente a mí. La pendiente estaba un poco inclinada, pero no lo suficiente para trepar con comodidad. Además, la pared de rocas tenía contornos filosos, perfilándose inclemente frente a mi desesperada empresa.

De súbito, empecé a escuchar los gritos dolorosos y desesperados de las personas capturadas por las manos furiosas que ya se asomaban por la negra hendidura de la ladera opuesta. Esas horribles extremidades blancas ya empezaban a capturar y estallar a las personas, dejando un mar de sangre y carnosidades frente a la nauseabunda cueva. Supe que mi tiempo se acababa. Tenía que encontrar alguna pequeña muesca para poder trepar hasta la saliente antes que el pálido troglodita acabara su horrible festín.

Y, finalmente, la suerte me sonrió después de haberme abandonado por tanto tiempo. Vi varias hendiduras en la ladera que podían funcionar como soportes para alcanzar el borde de la saliente y, de esta manera, poder cruzar por arriba la cueva del monstruo. Me lancé hacia las hendiduras, poniendo en ellas mis manos y, después, mis adoloridos pies. De niño lo único que había escalado eran pequeños árboles, pero esta vez me jugaba la vida en una ladera rocosa y afilada. Mis manos empezaron entonces a lacerarse con los bordes de las piedras, y los dedos empezaron a dolerme con intensidad hasta sentir que empezaban a fallarme. Pensé en desistir, pero cuando menos pensé ya estaba varios metros sobre el suelo. No podía volver atrás, debía obligarme a subir, a alcanzar la cima de la saliente, ignorando el vértigo y el dolor de mis fatigadas extremidades.

Entonces me percaté de que ahora todo era silencio. De nuevo sólo escuchaba el viento en mis oídos, enfriando mis orejas y mi nariz. Miré hacia la cueva y vi que no había nadie; todos habían sido cazados por esa «cosa» de muchas manos. La bestia tampoco era visible. Había guardado sus brazos y ahora aguardaba, como un merodeador violento que espera un descuido de su presa. No podía cometer errores. Ya no podía aprovecharme de la desdicha de los demás como una cortina que oculta mis designios. Tampoco podía esperar una nueva

ola de sacrificios. Sólo podía seguir adelante con mi plan: Llegar hasta ese borde saliente de la montaña, pasar lentamente sobre la morada de la bestia y bajar de alguna manera ya lejos del peligro. Posteriormente continuaría mi camino por la senda y llegaría a mi maravilloso destino; aunque en verdad desconocía el destino.

Con mucho dolor en las manos, y jadeando, me impulsé con fuerza para aferrarme al borde de la saliente. Para mi sorpresa, logré asirme al relieve con gran fuerza. Lancé mi otra mano y puse mi pie en una pequeña superficie, hasta estar lo suficientemente cómodo para hacer un último esfuerzo. Tomé una bocanada de aire y me lancé con todas mis fuerzas para subir. Lo logré. ¡Lo logré! Estaba sobre la saliente. Desde arriba la altura pierde proporción, por lo que sentí que estaba muchos metros sobre la senda. Miré hacia abajo, hacia el suelo empolvado y manchado. Un poco más adelante vi la gruta donde esperaba el monstruo de muchos ojos. Ya había logrado el primer paso de mi plan. Ahora debía andar con cautela sobre la saliente y pasar frente a la grieta.

Era este momento el más peligroso, pues, aunque estaba varios metros sobre el suelo y estaba al otro lado del sendero, sabía que aun así estaba al alcance de esos brazos amenazantes. Si la criatura cavernaria extendía los brazos blancos hacia la saliente me atraparía sin ningún esfuerzo. Sólo podía contar con la suerte. Además, esperaba que ese engendro estuviera cansado después de cazar a todas sus presas sólo instantes atrás.

La saliente no era muy ancha, pero era lo suficientemente espaciosa para poder arrastrarme sobre ella pecho a tierra, y así evitar que el esperpento me viera. Después de pensarlo por varios minutos, petrificado del miedo e imaginando varios finales fatídicos, me decidí a iniciar mi empresa. Empecé a arrastrarme lentamente por la saliente, aguantando el sabor del polvo en la boca, y tolerando el ardor de los raspones de la roca en mi pecho, en mis codos y en mis piernas.

A medida que avanzaba y me acercaba a la gruta, sentía la fetidez más fuerte. Con cada pequeño arrastre me sentía cada vez más cerca del peligro. En cualquier momento podía salir una mano gigante y blanca de esa negra caverna y capturarme. Me imaginé entonces entre esos enormes dedos, aprisionado, asfixiado, al tiempo que sentía cómo me succionaba esa grieta en la montaña, negra y profunda, antigua como el mundo mismo, lejos de todo y de todos, en las entrañas de ese planeta lejano y vetusto. Todos estos pensamientos incapacitaron mi avance. Me vi entonces inmóvil, tiritando de frío y temor, acostado bocabajo en esa saliente, casi al frente de la gruta. El cuerpo, ahora sofocado, no me respondía. El terror me había abordado por completo y me había congelado. Así estuve por unos eternos minutos. Y mientras luchaba conmigo mismo escuché un movimiento abajo, como quien arrastra algo en la arena. Incapaz de controlar mi curiosidad, levanté la cabeza y vi, aterrorizado, que dos de las manos deformes salían de la caverna y palpaban el suelo a la entrada de la gruta, lentamente. La bestia sabía que aún había una presa cerca, la podía sentir. ¡Y esa presa era yo! Pero buscaba en la senda, como siempre. Parecía no enfocarse en la saliente frente a la grieta, al otro lado del sendero.

La cabeza me empezó a palpar, y unas lágrimas involuntarias salieron por mis ojos irritados. Intenté calmarme respirando profundamente, pero la respiración cada vez se me aceleraba más. Las manos horribles y mortíferas seguían palpando el suelo, pero poco a poco se iban

acercando a la ladera, hasta tocar la falda de la montaña, exactamente bajo la saliente donde me encontraba. El fuerte hedor, amargo y podrido, cada vez era más intenso, tanto que sentí subir la hiel hasta mi garganta. Las arcadas empezaron a apoderarse de mi cuerpo, repeliendo la intensa peste. Pero intentaba realizar el menor ruido posible.

Los segundos aterradores siguieron contando, pero las manos no subían; se limitaban a palpar la parte baja de la montaña. Al ver esto, un sentimiento efímero de seguridad me impulsó hacia adelante. Empecé a arrastrarme de nuevo, lentamente, mientras sentía el temblar de los dedos bajo mi cuerpo. Sentía cómo las manos gruesas y macabras tocaban con fuerza las rocas bajo la saliente. Casi podía sentir esa insondable fuerza en mi pecho y en mis piernas. Pero continué arrastrándome lentamente hasta pasar la grieta. De repente me vi algunos metros alejado de la zanja negra. Las manos gigantes habían desaparecido y la pestilencia era más tolerable. Aún no me sentía seguro, pues sabía que estaba al alcance de uno de esos turbios brazos, pero me sentí un poco más tranquilo, como quien se quita un peso de encima después de mucho tiempo de llevarlo a cuestas.

Continué por la saliente hasta donde me fue posible. Después de algunos metros, el borde de la cima terminaba abruptamente. Desde allí la gruta aún era visible, pero se veía lejana. No tenía opción, debía lanzarme al suelo y esperar no fracturarme las piernas. Me puse de pie y pegué mi cuerpo a la ladera inclinada para intentar bajar deslizándome. Pero al hacerlo me golpeé el rostro con una piedra, me raspé las rodillas, los brazos y el torso, y caí muy fuerte. Apenas choqué contra el suelo sentí de nuevo un movimiento en la caverna. Y rápidos como flechas salieron cinco brazos, examinando todo su entorno con violencia y voracidad. Esta vez hurgaron la saliente por donde había cruzado, además de la pared de piedra sobre la gruta y a su alrededor. También tantearon el sendero, alzando nubes de polvo. Parecían desesperados, como un hambriento buscando comida en medio de la oscuridad.

Y una de las manos empezó a acercarse a mí rápidamente. Sabía que debía correr, pero al intentar levantarme me di cuenta de que mi tobillo se había fracturado. De inmediato volví a caer al suelo. Al caer por segunda vez delaté mi posición, o eso creo, pues dos manos más se encaminaron hacia donde me encontraba. ¡Me va a atrapar! Me levanté como pude y empecé a cojear para alejarme del monstruo. Las manos enormes empezaron a tocar la senda a mi alrededor, casi aplastándome. Sabía que no podía escapar, así que me agazapé y esperé mi final. Pero en el momento en que dejé de moverme las manos se quedaron quietas, como si de repente me hubieran dejado de percibir. Yo simplemente me quedé quieto, aguantando el horrible aroma que viciaba mi entorno y salía de entre los asquerosos dedos. Las manos empezaron a retroceder, como desinteresadas, hasta finalmente resguardarse en las oscuras profundidades de la montaña.

Estuve paralizado un buen tiempo, sintiendo un terrible dolor en el tobillo y un incómodo ardor por la caída. ¡Pero estaba vivo! Lentamente empecé a avanzar, cojeando. Mi objetivo era alejarme del monstruo lo más cautelosamente posible. Sólo pensaba en alejarme, en seguir esa senda y escapar finalmente de ese horror que habitaba el fondo del abismo. Caminé por unos varios minutos, hasta que se cumplió la hora, y después otra hora. La gruta ya no era visible, la abominación ya estaba lejos... lo había logrado.

Avancé por la senda hasta llegar a un recodo y vi, con una consternación indescriptible, que frente a mí se abrían cinco grietas más, a lado y lado del sendero, negras y angulosas, parecidas a la que había acabado de esquivar, escondiendo quién sabe qué ignotos misterios. «¡No, no, no!» pensé con un terrible vacío en mi interior. Sentí que todo había sido en vano. ¿Cómo iba a cruzar esta vez esas fisuras sin ser cazado por alguno de esos monstruos albinos? Entonces me senté a llorar, histérico, incapaz de aguantar tanto estrés y ansiedad. La única palabra que puede describir lo que sentí en ese momento es tristeza.

RELATO DE ROCÍO:

Llevo varios días sin tener esas terribles pesadillas. Sin embargo, cada día que pasa siento más dolor por la desaparición de Marco. Al principio tenía la esperanza que aparecería en mi puerta; pero a medida que pasan los días su ausencia aplasta mi pecho, abriendo la puerta a la dolorosa posibilidad de no volverlo a ver.

Ayer hablé con una prima que conoce a una persona que trabaja en un medio de comunicación. Espero que me ayuden con algún boletín para ver si de esta manera puedo tener alguna pista del paradero de mi amado. Sigo aferrada a la esperanza y quiero pensar que se encuentra bien, pero cada hora que pasa es un tormento para mí.

RELATO DE MARCO:

Permanecí paralizado varias horas, tendido en la senda y con cinco guaridas atroces frente a mí. El hambre y la sed empezaron a hacer de las suyas, lacerando mi débil cuerpo y obligándome a tomar una decisión. ¿Debo seguir o debo dejarme morir de hambre? A menudo, se habla de tranquilidad emocional, descanso y meditación para tener una vida plena; pero nada de esto se logra si hay hambre. El hambre aborda todos los rincones del cerebro. A cada segundo se siente el dolor punzante en el estómago, al tiempo que el mal humor se riega como un veneno. Quien tiene hambre sólo piensa en cómo calmarla, sólo piensa en comida, en cualquier clase de comida.

Este pensamiento desesperado me llevó a levantarme y caminar por la senda, entre las grutas horripilantes, presto a mi final. Prefería morir que seguir aguantando hambre, sed y frío. Ya mis pies se estaban congelando, lo sentía, y mis labios estaban partidos a causa de la deshidratación. Ya no me importaba nada, sólo quería acabar ese martirio. Así que me lancé hacia las fisuras para que alguna mano blanca y callosa me capturara y acabara con mi vida.

Pero nada sucedió. Pasé las primeras dos grutas, una a cada lado, pero ninguna mano salió. Caminé por entre las otras dos... pero nada sucedió. Pasé la última, un poco más esperanzado, aunque lento por la fractura del tobillo, y entonces me di cuenta de que posiblemente esas grietas en las montañas eran antiguas moradas de la misma grotesca monstruosidad que había dejado atrás. Quizás había sido su hogar hacía eones, y ahora estaban vacías.

La esperanza me abordó por completo, entonces empecé a avanzar por la senda, cada vez más ilusionado por llegar a algún lugar. No me importaba dónde desembocaba ese camino, sólo quería llegar a algún lado, salir de la terrible Garganta y finalmente descansar.

Caminé por varias horas, descansando de vez en cuando. Los bordes de las montañas cada vez eran menos pronunciados, como si perdieran altura con cada minuto que avanzaba. Y, después de un tiempo incalculable, llegué al final de la senda. Allí la vi, pequeñita y hermosa entre las montañas, bajo el brillo de las brillantes estrellas de plata. Allí, entre un viento que le mecía el cabello, ella me esperaba.

RELATO DE ROCÍO:

Lo que voy a describir en este momento es simplemente increíble, y si me toman por loca lo entenderé; pero así sucedió: El día de ayer me vi de nuevo en ese sueño interestelar, de pie en medio del camino que se interna en las montañas tenebrosas. Las estrellas sobre mí formaban un río luminoso, como si fuera la mismísima vía láctea, pero en mi interior sabía que era otra galaxia, lejana, de otro tiempo. Las estrellas iluminaban todo, pero el cielo siempre estaba negro.

Allí espero, impaciente, pues algo en mi interior me dice que todo finalmente terminará. Mi corazón se acelera, al tiempo que me tomo las manos, ansiosa. Entonces lo vi. Era una silueta muy pequeña en medio de esos gigantescos riscos, pero la silueta se fue acercando lentamente, cojeando, adolorida y cansada. Cuando ya estuvo cerca sonreí, lloré de alegría y me lancé a sus brazos, sirviéndole como apoyo, pues estaba esquelético. ¡Mi Marco! ¡Mi amado! ¡Por fin te encuentro!

Apenas lo abracé desperté, y, al hacerlo, me vi abrazándolo, en mi cama. ¡Había vuelto! Incrédula aún del suceso, le mecí el cabello, atónita por lo que veía. Por segundos pensé que aún no había despertado, pero cuando la realidad finalmente abordó todos mis sentidos supe que él era real. Estaba fatigado, delgado y deshidratado; pero allí estaba, entre mis brazos, a mi lado... finalmente a mi lado.

RELATO DEL DR. SAID:

La aparición del paciente Marco Corradini fue para mí una sorpresa y a la vez un alivio. Su aparición nos evitó a Tito y a mí varios papeleos y posibles auditorías o sanciones. Debo ser claro al decir que no creo nada la historia de él ni la de su novia Rocío. Creo que simplemente, en su desvarío, Marco logró salir del hospital y permaneció a la intemperie por semanas. Las consecuencias son severas, pues tiene una fractura en el tobillo izquierdo. Además, tiene algunas raspaduras superficiales y varios dedos de los pies comprometidos, pues muestran congelamiento (aunque no estamos en invierno). Tuvo que ser alimentado de manera intravenosa, pues tiene una desnutrición avanzada. Sin embargo, estoy seguro de que se recuperará. Quizás unos tres días más de hospitalización y lo darán de alta. Incluso, puedo afirmar que este mes podrá volver al trabajo.

La recuperación de Rocío es mucho más clara y rápida. Desde que Marco volvió a casa ella ha dejado la depresión a un lado, y come de manera sana. Y, sagradamente, visita sonriente a su amado en el hospital todos los días mientras le dan el alta. Es una mujer devota, digna de admirar. Ojalá todos los hombres tuviéramos la suerte de contar con una buena mujer en nuestros momentos de debilidad. A mi concepto personal, es muy probable que el amor entre ellos fuera el gran incentivo para su recuperación.

En cuanto a las terribles pesadillas, parecen haberse sanado por arte de magia, casi como si fuera un milagro. Los impulsos neuronales ahora son normales, la actividad cerebral consistente y ahora gozan de un notable descanso. No temen dormir y afirman que ya no tienen esos caóticos sueños. Los TAC de ambos confirman esto. Seguiré realizando varios estudios, pero debo admitir que me alegra su recuperación. Y me atrevo a decir que este caso es digno de un estudio de doctorado.

RELATO DEL GIGANTE ARAHH:

—Me alegra poderte contar que finalmente, después de siglos, hubo un humano que logró sobrevivir a los atroces niveles inferiores del abismo, y sobrevivió a la abominación que habita las entrañas de La Garganta. Espero que tú también lo logres —le dije al recién llegado, intentando animarlo, pues se ve aterrado. Sin embargo, soy consciente que su suplicio hasta ahora inicia.



FIN

